



El coraje de amar

Nada podrá apartarnos del amor de Dios (Rm 8, 39)

3. El coraje de amar la fraternidad

0. Objetivo

Descubrir, disfrutar y contagiar el don de ser hermanos y hermanas a nivel intracongregacional, intercongregacional, internacional y universal; y tener el coraje de superar los conflictos relacionales, para no caer en la distancia, la violencia, la indiferencia o el desaliento de quien se encierra en su propio mundo y no quiere salir de su “zona de confort”.

Presentación

Hay que distinguir entre “comunidad y fraternidad”. En la ‘comunitas’ el “cum” está en función del “munus”: es decir, el vivir juntos está en función de la tarea, que es el bien común. Cada uno confía su realización a la de la comunidad. Las relaciones interpersonales tienen una estructura vertical, en la que domina la figura del “abad”: Este es un Padre (cualquiera sea su nombre) con el cual todos tienen relación. El clima de relación es más formal, estático, medido por la vida regular de los horarios y compromisos. Prevalecen los aspectos institucionales.

En la fraternidad, por el contrario, ninguno es llamado “padre”. La vida de los hermanos coloca a quien entra en ella, en una igualdad constitutiva, que se transforma en respeto de la diversidad. Las relaciones fraternas son centrales hasta el punto de llegar a ser el lugar donde se vive en concreto el evangelio: y de ahí nace el énfasis en la acogida; el estar atentos los unos hacia los otros; la interdependencia,

la libertad y familiaridad en el pedirse favores. El cuidarse de los otros no se reserva a los ministros únicamente. Todo hermano debe cuidarse del otro en el registro materno.

El “munus” de la fraternidad: vivir juntos como hermanos, respetando la creatividad del Espíritu Santo presente en cada uno, siguiendo al Hermano Cristo, que es camino al Padre de todos. Poner en las bases de la fraternidad la obediencia verdadera, caritativa y perfecta significa el nacimiento de una reciprocidad y una circularidad entre hermanos y ministros, que conduce a la igualdad en la diversidad.

Fraternidad: encuentro del yo con la fe compartida con otros en fidelidad al Evangelio y al Reino de Dios, por lo que es: don, tarea, cruz, arte, eros y experiencia

El aburrimiento nos lleva a la inercia, repetición, melancolía y al sinsentido de lo decidido. Y por eso, la Vida Consagrada debe salir del aburrimiento y del miedo para discernir los signos de los tiempos (kairos), la fidelidad creativa de nuestra congregación (karisma), las relaciones fraternas (fraternitas) o la famosa “reestructuración” de la congregación (koinonia y comunión).

1. El coraje de MIRAR la fraternidad

No hay comunidad sin alguien que nos una en “lo común”. No hay fraternidad sin el *“amigo que entrega su vida por nosotros”* porque *“me amó y se entregó por mí”*. Cristo, también, ama a mi hermana/o y se entrega por el/ella. Somos dos encontradas/os, misericordias/os, iluminadas/os, escogidas/os, amadas/os, enviadas/os... Quien no ama al hermana/o, es que no se siente amada/o por Dios; quien no perdona a la hermana/o, no se ha sentido perdonada/o por Dios; quien no es misericordiosa con la hermana/o, no se ha sentido misericordiosa/o por Dios; quien no se entrega a la hermana/o, seguramente no ha sentido que *“Jesucristo se ha entregado por mí”* (Ga 2,20)

Pero debemos tener el coraje de mirar la fraternidad y superar las tentaciones (cfr. EG 76-109): la acedia, falta de entusiasmo y pérdida de la alegría, el pesimismo estéril, la desesperanza, la mundanidad espiritual, la guerra entre nosotros, debilidad misionera, alejamiento de los hermanos, la comodidad del encierro...

Así mismo, estamos llamados/as a no infectarnos o a sanar del narcisismo, perfeccionismo, exhibicionismo, egolatría, esquizofrenia (creerse que los deseos ya son realidad), fundamentalismo (psicosis adornada de espiritualidad y de fidelidad), incongruencia (estrangulamiento interior autodesautorizado), sentimentalismo (descontrol neurótico con inestabilidad personal y opciones frágiles). Son realidades personales que influyen en la vida comunitaria y son prácticas de nuestras relaciones que enferman a los religiosos y religiosas, de tal manera que fragmentan su personalidad o su opción en cinco mundos: la relación con Dios (Jesucristo, María, el fundador/a...), la relación con los hermanos/as de la comunidad, la relación con la familia y amigos, la relación con nuestros entornos pastorales o laborales, y la relación con la casa común... como si fuéramos un “pentágono de relaciones desarticuladas” (Dios, hermanos, familia, pastoral, naturaleza) que impiden la armonía interior y la vivencia del Evangelio.

Viviendo del amor, podemos y debemos superar las cinco “R”, que podrían anular la alegría del Evangelio en nuestra cotidianidad, más allá de las apariencias o de los discursos/oraciones que pronunciamos en lugares “religiosos). Nuestra opción fraterna nos lleva a superar el resentimiento, rivalidad, rebeldía, retaliación y reivindicación. Y para salir de estas “5R”, necesitamos escuchar lo mismo que escuchó Jesús en el Bautismo (Lc 3,22): ser reconocidos como “hijo, amado, predilecto” y motivo de “complacencia”. El amor da tal energía que es capaz de afrontar cualquier desafío y se capacita para entregar todo de sí. Es el principio de la confianza, por lo tanto de la fe, no como rituales devocionales sino como identificación con la persona de Jesús. Con el amor del Padre, Jesús *“se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre”* (Flp 2, 7).

Otra realidad que nos puede quebrar las buenas disposiciones comunitarias en el “poder”, más o menos confesado o visible. Lo podemos ver en Mc 10,28: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos venido siguiendo”. Mt 19,27 añade: en vista de eso “¿qué nos va a tocar?”. Los discípulos y nosotros no acabamos de dejar la ambición: siempre estamos esperando el premio. Por eso, erradicar o controlar la ambición será requisito para entender los mecanismos del Reino, donde todos tienen el mejor puesto en una economía de la igualdad. Quizá seguimos permitiendo o promoviendo las jerarquías o la disposición de los elementos según el valor; personas en orden ascendente o descendente según clase, poder, oficio, categoría, autoridad o cualquier clasificación.

Entre otras muchos aspectos que nos influyen en la vida comunitaria, podemos y debemos tener en cuenta la “conectividad” con el mundo externo y la “incomunicación” con el mundo cercano. No son los celulares ni el internet lo que nos aleja de la comunidad sino que son el refugio de quien ha entrado en el túnel de la soledad comunitaria, es decir, que los medios están queriendo sustituir la falta de contenidos comunitarios, es decir, de relaciones estrechas y vinculantes que tienen el coraje de mirarse a los ojos en vez a la pantalla y que pueden decir y abrazar lo que sienten sin necesidad de buscar emociones o símbolos “mudos” y “universales” que despersonalizan la comunicación y descomprometen las relaciones.

Por otra parte, entendemos que la relación entre lo virtual y lo real, tiene nuevas dimensiones en la globalización y amplitud de nuestro mundo relacional, de tal manera que estamos más cerca de las realidades lejanas y podemos asumir solidariamente responsabilidades con los sufridos de cualquier parte del mundo, procurando que la “normalización” de tanto drama informativo no impida la solidaridad afectiva y efectiva.

PARA COMPARTIR

- a) *¿Cuáles son los sentimientos que predominan en nuestras relaciones comunitarias?*
- b) *¿Qué realidades están frenando nuestra vida fraterna o están bloqueando nuestras relaciones cotidianas?*

2. El coraje de dejarnos ILUMINAR

En el Evangelio aparece frecuentemente la casa, como lugar, espacio doméstico y familiar que congrega a los discípulos de Jesús, que congrega a la gente; las comunidades cristianas se reunían por las casas para compartir la enseñanza de los apóstoles, la fracción del pan, la oración y el compartir de los bienes, del amor y de la esperanza y fe en el Señor. La casa es *símbolo y narración* de nuestra vida comunitaria y fraterna. Simboliza y cuenta la vida doméstica, la fe, las relaciones y los conflictos, el gozo y el amor, la misión y la levadura en el mundo.

Fraternidad es encuentro del yo con la fe compartida con otros, en fidelidad al Evangelio y al Reino de Dios. Por eso es don (“el Señor me dio hermanos”), tarea (“no he llegado a la meta, sigo...”), cruz (“se

hizo uno de tantos”), arte (“no ha de ser así entre ustedes”), eros (“que hermoso ver los hermanos unidos”) y experiencia (“lo reconocimos al partir el pan”).

Pero para que haya comunidad podemos y debemos ser hermanos/as que:

- vivimos la pasión por Dios, habitada por el Espíritu. La Palabra ha de ocupar el lugar central de nuestras vidas, como los discípulos de Emaús, que les “ardía el corazón” (cfr. Lc 24,13-35)
- nos abrimos a un espacio humano de encuentro, que responda al “miren cómo se aman”, porque “el que dice que ama a Dios, a quien no ve, sin amar a su hermano, a quien ve, es un mentiroso (1 Jn 4,20)., pues “en esto conocerán todos que son mis discípulos, si tienen amor los unos con los otros” (Juan 13, 35)
- somos una vida consagrada apasionada por el hombre, por la historia, por el necesitado, por el Reino, por acompañar la vida del pueblo (cfr. Hch 3, 1-9), que se identifica con todos los “hermanos” que sufren y necesitan sentirse amados por el mismo Padre misericordioso (cfr. Mat 25, 31ss)

“Una experiencia singular de la luz que emana del Verbo encarnado es ciertamente la que tienen los llamados a la vida consagrada. En efecto, la profesión de los consejos evangélicos los presenta como signo y profecía para la comunidad de los hermanos y para el mundo; encuentran pues en ellos particular resonancia las palabras extasiadas de Pedro: “Bueno es quedarnos aquí” (Mt 17, 4)” (VC 15)

En realidad, la Iglesia es esencialmente misterio de comunión, “muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Lumen Gentium, 4). Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, la vida consagrada pone de manifiesto que *la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas*, creando un nuevo tipo de solidaridad. Ella indica de este modo a los hombres tanto la belleza de la comunión fraterna, como los caminos concretos que a ésta conducen. Las personas consagradas, en efecto, viven “para” Dios y “de” Dios. Por eso precisamente pueden proclamar el poder reconciliador de la gracia, que destruye las fuerzas disgregadoras que se encuentran en el corazón humano y en las relaciones sociales. (VC 41)

“En la vida comunitaria, la energía del Espíritu que hay en uno pasa contemporáneamente a todos. Aquí no solamente se disfruta del

propio don, sino que se multiplica al hacer a los otros partícipes de él, y se goza del fruto de los dones del otro como si fuera del propio" (VC 42)

Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. (*Juan Pablo II, 6 de enero de 2001*).

"*Consagrados y consagradas estamos llamados a convertirnos en signos de comunión para el mundo*" (1981, *Religiosos y desarrollo humano*, nº 24), en relación trinitaria. Por eso, "eran perseverantes en la enseñanza de los apóstoles" (didajé, Hch 2,42), "eran perseverantes en la comunión" (Hch 2,42), tenían todo el común (2,44-45), se repartían a cada uno según su necesidad (Hch 2,45; 4,35), no había ningún necesitado entre ellos (koinonía, Hch 4,34), "eran perseverantes en la fracción del pan y en las oraciones (eucaristía, Hch 2,42), con el diálogo, discernimiento, oración y compromiso (reunidos, Hch 4,23-31), y "Los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales (Hch 2,43), que marcaban un estilo de vida muy concreto y visible (Rm 12, 9-21).

La urgencia del mundo que busca relaciones redimidas, armónicas, justas y pacíficas nos habla del hambre de fraternidad. Pero es el mismo llamado de Dios, la vocación propia de la vida consagrada, quien nos lanza a esta manera concreta de visualizar el Reino de Dios, como termómetro de la vivencia de fe y un barómetro de nuestra opción por Jesucristo. Por eso, "del don de la comunión proviene la tarea de la construcción de la fraternidad, es decir, de llegar a ser hermanos y hermanas en una determinada comunidad donde han sido llamados a vivir juntos, "llenos de gozo y del Espíritu Santo" (Hech 13,52). También en nuestro tiempo y para nuestro tiempo, es necesario reemprender esta obra «divino-humana» de formar comunidades de hermanos y de hermanas, teniendo en cuenta las condiciones propias de estos años en los que la renovación teológica, canónica, social y estructural ha incidido poderosamente en la fisonomía y en la vida de la comunidad religiosa. (*La vida fraterna en comunidad CIVCSVA 2010, nº 11*)

PARA COMPARTIR

¿Qué textos bíblicos, eclesiales, de espiritualidad o de la congregación te animan y reaniman en la vida comunitaria para mejorar tus relaciones fraternas?

3. El coraje de ACTUAR

Estamos convocados a procurar “relaciones redimidas” a través de

- Detalles: Lc 16,10: “El que es injusto en lo poco, lo es también en lo mucho”
- Bien común: Hch 2,44: todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común”
- Unidad: Sal 133 (132): ¡qué agradable y delicioso es que los hermanos vivan unidos!
- Con la palabra: Jn 17,17: para que sean completamente tuyos por medio de la verdad; tu palabra es la verdad”.
- Ser creíbles: Jn 17,21: Todos sean lo mismo que somos tú y yo, Padre, y que ellos vivan unidos a nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado”
- Reunidos: Mt 18, 15-20: donde dos o más están reunidos en mi nombre
- Crecer: 1Tes 3,12-13: El Señor haga crecer y desbordar de amor de unos a otros y a todos
- Humanidad nueva: Col 3,13: revestirse del hombre nuevo, con el vínculo de la paz

Se trata de tener el coraje de optar por un estilo de vida fraterno (Rm 12,9-21) propio de quien sigue a Jesús con el discernimiento continuo, muestras de cariño y respeto al otro, siendo diligentes y fervorosos, pacientes y orantes, solidarios con los pobres, dando bendición y no maldición, incluso a los perseguidores, aprendiendo a ser compasivos, viviendo en armonía y sencillez, misericordiosos y no vengativos, por lo que el amor y el perdón a los enemigos nos caracterizan. Pues “*(Un corazón misionero) no renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino*” (EG 45)

Es evidente que el buscarse así mismo, utilizar a los demás para realizar la agenda personal o ignorar la participación de los demás en el seguimiento de Cristo... es el principio del fin. Hace falta mucho coraje para no separarme del otro cuando me ha agredido, para acercarme a los que piden sin dar, para unirse con los diferentes para buscar algo común... Hace falta mucho coraje para no dejarse invadir

por las actitudes del mundo (“mundanidad fraterna”), que nos seducen a “servirnos de los otros” en lugar de “servirnos los unos a los otros”, como nos enseña Cristo, porque la comunidad cristiana se estructura y se define en base a la aceptación del servicio fraterno como ley de dicha comunidad. Pero esto se debe hacer en clave de humillación, porque la actitud de servicio a la persona hasta el fondo, se hace incomprensible si no se la lee desde la entrega absoluta de Jesús. El discípulo/a habría de estar dispuesto a una actitud integral de servicio, es decir, conductas (pies), actividades (manos) y pensamiento (cabeza), (cfr. Jn 13, 12-17) con un fuerte discernimiento, evitando todo mesianismo, con fuerte ética de servicio por encima de las inclinaciones de poder y autorreferencialidad, de normatividades y derechos adquiridos.

Por eso es tan importante que el animador o animadora de la comunidad viva y haga vivir los valores del evangelio privilegiando el servicio, la humildad, la capacidad de escucha, la sinceridad, radicalidad y contemplación. Y con toda la comunidad (cfr. USGE 2010):

- *Crear un estilo de vida místico y profético, abierto a la hospitalidad y a la acogida sin exclusividad, respetuoso de las diferencias, que reconoce la riqueza de las diversas culturas y religiones.*
- *Reinventar un arte de vivir juntas, marcado por relaciones que humanizan, por la escucha, la empatía, la no-violencia, para llegar a ser testigos de los valores evangélicos.*
- *Cuidar la formación inicial y permanente para favorecer la integración de la dimensión mística y profética de nuestra vida consagrada.*
- *Vivir en armonía con todo el Cosmos y habitar nuestra Tierra con respeto.*

Hay relaciones y reacciones que deshumanizan por el miedo, la tentación de la huida (hacia adentro o hacia fuera) o por la violencia. Cuando hemos sido amados, estamos en condiciones de afrontar (mirar de frente), abrirnos a nuevas oportunidades (buscando y dejándose ayudar) y aprender.

Cuando hemos recibido el amor misericordioso de Dios, estaremos en condiciones de cambiar nuestra postura frente a las heridas de los encuentros anteriores:

- En lugar de recordar los hechos, hurgando la herida... más bien recordar para aprender, cerrando y cicatrizando las heridas...

- Aprender significa obtener algo positivo de todo tipo de experiencias (especialmente negativas). Lo que me sirve para vivir mejor en el futuro...
- No quedarme en lo que me hicieron o en lo que hice, sino en lo que yo hago o haré, porque ya he aprendido de la vida. Se trata de hacer lo que puedo y debo: Lo que depende de los demás me supone agresión (resentimiento) o satisfacción (agradecimiento). Lo que depende de mí supone libertad y responsabilidad.
- Agradecer el pasado, vivir con pasión el presente y con esperanza el futuro.

“La fuerza de un grupo no está determinada por el número de sus miembros, sino por la intensidad de su dedicación a sus objetivos. Todas las revoluciones que se han dado en el mundo han sido ingenizadas por un pequeño grupo, no por las masas”. (Joan Chittester)

“Y somos hijos de Dios, no por naturaleza humana ni los deseos humanos, sino porque Dios los ha engendrado” (Jn 1, 13). Nuestras relaciones no están fundamentadas en nuestro origen familiar, cultural o nacional; tampoco en nuestras coincidencias afectivas o funcionales, ni en las ideas o las ideologías, sino en una persona (“no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”, DA 12).

Cada una de nosotras/os, hemos de caminar hacia relaciones redimidas de la agresión recibida o repartida, la frustración por las expectativas no logradas, la ansiedad por lo que deseamos pero no conseguimos y seguimos buscándolo... Hemos de superar la culpabilidad por lo que hicimos mal (o no lo hicimos) y debemos “pagarlo”, o la compensación de la atención no recibida (narcisismo), los bienes no disfrutados (avaricia), la agresión sufrida (violento) o buscando compensaciones para sentirse bien, aunque traigan efectos negativos (adicción).

Diremos, entonces, que la fraternidad es reciprocidad, circularidad, sinodalidad, interdependencia, maternidad, custodia, sinfonía... de los que aman y escuchan (es decir, obedecen).

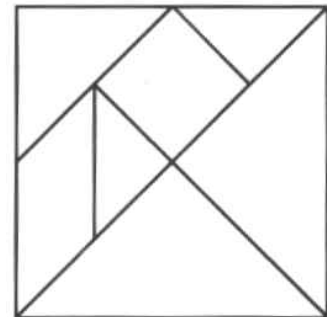
Nos preguntamos sobre la relación que cada uno/a tenemos con cada hermano/a, es expresión de:

- ¿La **obligación**, legal institucional, que nos vincula en torno a doctrinas, principios, constituciones, decisiones?
- ¿Los **afectos** que le acercan o me alejan, me hacen crecer o me manipulan, me dan alas o me las cortan...?
- ¿La **fe**, encuentro personal con Jesucristo, a quien he decidido seguir y con quien optado por vincularme existencialmente, compartiendo su vida, su misión, su pasión y su entrega?

4. El coraje de **CELEBRAR** la fraternidad

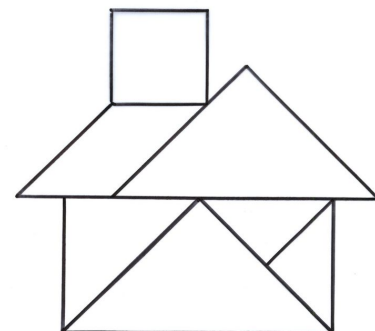
4.1. Trabajo en equipo

- a) Conseguimos un “tangram” (juego chino de rompecabezas –con siete u ocho piezas– en forma de triángulos y trapecios) en el que ponemos una cualidad o un valor de la vida fraterna (pegado con un masking detrás de cada pieza).



- b) Una vez escrito el valor fraterno, tratamos de hacer una de las figuras propuestas, por ejemplo el “cuadrado” y después la “casa”, utilizando todas las piezas, porque cada hermano/a es importante e imprescindible para hacer la comunidad.

- c) Tratemos de hacer la fraternidad trabajando en equipo, sin que una o dos personas actúen mientras las otras solo están de espectadores. Todos los hermanos podemos y debemos aportar...



4.2. Palabra de Dios

"En esto está el amor; no es que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó primero y envió a su Hijo como víctima por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos mutuamente." (1 Jn 4,10-11)

4.3. Reflexión personal

- Lo que más valoro de mi vida comunitaria
- Los llamados, exigencias de la comunitaria para mí
- Las opciones que debo hacer hoy en mis relaciones interpersonales

4.4. Oración comunitaria

Haciendo un árbol de vida, vamos a colocar las hojas secas (dibujadas) que representan las dificultades comunitarias, y después sustituimos las secas por hojas verdes y llenas de vida que son las opciones "llenas de coraje" que ponen vida en nuestra casa congregacional, la casa eclesial y la casa común.



- Pedir perdón por lo que hice mal o no hice a favor de la fraternidad
- Hacer una súplica por las relaciones redimidas y fraternas en nuestra congregación, iglesia y casa común.
- Dar gracias por lo vivido, camino de crecimiento personal y de fe

4.5. Bienaventuranzas de la solidaridad

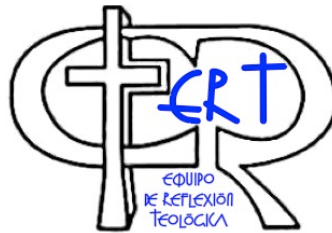
- Benditas las manos que se abren para acoger a los pobres y ayudarlos: son manos que traen esperanza.
- Benditas las manos que vencen las barreras de la cultura, la religión y la nacionalidad derramando el aceite del consuelo en las llagas de la humanidad.

- Benditas las manos que se abren sin pedir nada a cambio, sin «peros» ni «condiciones»: son manos que hacen descender sobre los hermanos la bendición de Dios

4.5. Canto final

Casa de la fraternidad (Luis Chacón)

<https://www.youtube.com/watch?v=J2ibFR4azaw>



Junio 2018